

Moscas en la sopa

Entre los logros motivo de mayor orgullo para Venezuela durante el último año figuran la transparencia de sus procesos electorales, así como la rapidez y eficiencia del conteo de votos. En buena medida, ese éxito se debe a los más de 7.000 lectores ópticos fabricados en Estados Unidos e instalados y programados por la empresa española Indra, los cuales totalizaron los votos de manera confiable, apenas 2-3 horas después del cierre de las mesas de votación. Sin embargo, puede que esos logros estén en peligro, debido a la miopía burocrática, o algo peor.

La primera mención pública de una mosca en la sopa provino de Miriam Kornblith, directora del Consejo Nacional Electoral (CNE), quien anunció a finales de agosto que una comprobación cuidadosa, mesa por mesa y lector por lector, de los totales de votos por parte de los auditores internos del CNE, de una muestra de centros de votación, había descubierto varios casos de patrones de votación anómalos. Lo primero que llamó la atención fueron los resultados de un centro electoral ubicado en una escuela de Ciudad Bolívar, donde 10.360 papeletas fueron procesadas por dos máquinas distintas. Uno de los lectores ópticos generó 7,79% de votos "nulos" en la elección a nivel nacional y 6,69% de votos nulos en la elección estatal (más sencilla y con menos nombres de donde elegir). El otro lector dio como nulos 35,81% de los votos a nivel nacional y 75,59% (sic) de los votos a nivel estatal.

La implicación es que el segundo lector óptico no funcionó correctamente. Ambos estaban instalados en el mismo centro de votación (o sea, con perfiles de electores prácticamente idénticos) y procesaron tarjetas idénticas. Si se hubiese tratado de sólo una máquina (de entre varios miles), se podría argumentar que no valdría la pena el tiempo y el gasto para averiguar qué salió mal. Pero no se trata de una sola máquina; en esa primera auditoría preliminar se identificaron 13 lectores ópticos que produjeron resultados sospechosos.

Pero primero las buenas noticias: no hay absolutamente ninguna evidencia que sugiera que esos incidentes hayan sido deliberados, o que el resultado electoral global pudo haber sido distinto de no haber sido por ellos. Un conteo manual de los votos procesados por los lectores sospechosos revela que las máquinas "robaron" votos a todo el mundo, en una forma más o menos prorrateada.

A estas alturas, nadie en el CNE sabe exactamente qué fue lo que salió mal. Tal como lo ha analizado VenEconomía, no se debió a errores de impresión (las máquinas "buena" y

“mala” procesaron los votos del mismo lote de impresión). Tampoco se debió a las “flash cards” (que fueron las mismas para todas las máquinas en cualquier estado dado). Eso deja a los lectores ópticos propiamente dichos. Entre las explicaciones más plausibles figuran la posibilidad de que haya entrado polvo o suciedad al lector óptico, errores de calibración y, más generalmente, un mantenimiento inadecuado. Hasta ahora, las máquinas han sido desplegadas cuatro veces: en las elecciones legislativas y de gobernadores del año pasado, en la elección presidencial de diciembre, en el referendo de abril y en las elecciones para la ANC, el 25 de julio. Entre los comicios, los lectores ópticos fueron trasladados de los centros de votación a almacenes centrales y de vuelta a los centros de votación. La mayoría de las labores de mantenimiento y calibración fueron subcontratadas por Indra a terceros. Suponiendo que haya habido un mantenimiento y calibración menos que perfectos, lo que sorprende, tal vez, es que 13 de cada 14 máquinas funcionaran tan bien.

Pero eso no es todo. Análisis posteriores realizados por la unidad de Kornblith identificaron máquinas con irregularidades en 261 centros de votación –es decir, uno de cada seis centros con dos o más máquinas en funcionamiento. VenEconomía calcula que si se aplica la misma proporción a los 7.000 y pico de lectores ópticos en funcionamiento el 25 de julio, el porcentaje de fallas resultaría de más de 7% (o sea, una de cada 14 máquinas habría producido totales incorrectos). El informe de Kornblith concluye recomendando una auditoría completa de los conteos de todos los lectores ópticos utilizados, a fin de determinar la causa o causas de las distorsiones, y para asegurar que no se repitan en la megaelección de marzo del 2000, en la cual se elegirán los miembros del Congreso, los gobernadores, alcaldes, concejales y las asambleas legislativas.

Y ahora las malas noticias. Los resultados de la auditoría deberían haber provocado alarma en todas los sectores involucrados: en el CNE (porque su credibilidad estaría comprometida), en el Ejecutivo (por un posible cuestionamiento de la legitimidad de la ANC) y en Indra (con su reputación en juego), pero eso no ocurrió. En lugar de ello, todo el mundo parece haber estado tratando de barrer el problema bajo la alfombra, en donde presumiblemente se emponzoñaría hasta marzo. En esas elecciones, una máquina de votación “irregular” podría darle el margen de la victoria a uno u otro candidato. Más específicamente: una repetición de las fallas generalizadas en los dispositivos de julio podría socavar, y hasta destruir, la confianza en el proceso electoral venezolano.

Los más recientes hallazgos obligaron al directorio del CNE a autorizar una auditoría y un conteo manual de una muestra algo mayor, de los resultados de 48 centros de votación (dos por estado). En opinión de VenEconomía, eso no sería suficiente. Lo que se necesita es una ofensiva a gran escala contra el problema, coordinada y supervisada por entidades neutrales externas (pero comprometidas con la democracia), tales como el Instituto Carter, el Instituto Democrático Nacional o el Instituto Republicano Internacional (todas ellas de EE.UU.), o la CAPEL (una filial del Instituto Interamericano de Derechos Humanos).

Algo menos equivaldría a poner en riesgo el sistema democrático venezolano.